



**BOLETIN
MENSUAL**

**MARZO / ABRIL
Orden Tercera del Carmen**

Comisión Internacional Carisma y Espiritualidad

La Puritas Cordis

en la tradición bíblica y carmelitana

Primera Parte

Por

Comunidad Carmelita de Bourges

RETIRO DE CUARESMA TOC 2011

El sábado 19 de marzo de 2011 se llevó a cabo el retiro de la TOC en la Iglesia de Santa Teresita en La Guasábara en Caguas, sede de la comunidad Flor del Carmelo. Nos reunimos como doscientos hermanos en esta ocasión.

Dió comienzo el retiro a las 8:30 a.m. con el rezo del Santo Rosario guiado por la Hna. Enid Del Valle de la comunidad de El Fidelísimo Corazón de San José. Como a las 9:10 a.m. P. Luis Miranda O. Carm., nuestro Delegado Nacional, expuso el Santísimo y a continuación hicimos Laudes de la solemnidad de San José.

A las 10:00 a.m. nuestra Hna. Maritza Díaz de la comunidad de Santa Teresita hizo una reflexión interesantísima acerca de la "Pureza del Corazón". Ella nos fue llevando desde el Viejo Testamento mostrándonos que esta purificación del corazón es obra de Dios en las profundidades del ser humano. Como ejemplo nos dio a Jeremías 4,14, Ezequiel 36, 25-27, Salmo 51, Proverbios 4, 23, etc. En el Nuevo Testamento, Jesús nos habla de la pureza del corazón en diversas ocasiones como en Marcos 7,15-23; Juan 15,3; Hechos 15,9; 1 Pedro 1, 22-23; y Santiago 1,27. Jesús dice que bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios. Jesús y María son el ejemplo perfecto del corazón puro.

En nuestra Regla la frase corazón puro es vivir en obsequio de Jesucristo, esa es nuestra espiritualidad. San Pablo nos urge a ponernos la armadura de Dios que va a fortalecer nuestro corazón con pensamientos santos. La "lectio divina" nos ayuda en la acción transformadora que hace Dios en nuestros corazones. Maritza nos hace un recuento de la historia del Carmelo y como todos nos hablan de esa pureza del corazón que es necesaria para la santidad.

Luego de la charla merendamos y confraternizamos. Después fué el Via Crucis Eucarístico y nos hicieron las meditaciones nuestros hermanos terciarios varones que nos dieron ejemplo de devoción y fe; nos sirvió de preparación para la Sagrada Eucaristía que la presidió P. Luis Miranda O. Carm. ayudado por el diácono Luis Aparicio de la comunidad de San José. La Santa Misa fue la solemnidad de San José y en la homilía, P. Luis nos habló acerca de San José, de como San José nos da siempre ejemplo de humildad, ya que en el evangelio ni siquiera habla, solo se hace un recuento de su abnegada vida cuidando de Jesús y de María con un corazón lleno de fe y de amor.

Le queremos dar las mas expresivas gracias a P. Luis, a la comunidad de Caguas, Flor del Carmelo, a la Hna. Maritza, al diácono Luis Aparicio, a la Hna. Leila Belaval (quien estuvo a cargo de los cánticos) y los hermanos varones que ayudaron en el Via Crucis. Todos contribuyeron para que nuestro retiro fuera de primera calidad, para la gloria de Dios.

LA PUREZA DE CORAZÓN EN LA ESCRITURA

INTRODUCCIÓN

La "pureza de corazón" es una expresión que traduce el término evangélico "mundi corde", y que por eso tiene una importancia fundamental en la vida espiritual para la bienaventuranza que se le asocia: "porque verán a Dios".

A este primer aspecto claramente contemplativo, hemos de asociar el del camino hacia el monte de Dios, del que habla el salmo 24 (23).

Por último, podemos reconocer en la pureza de corazón otro elemento de la vida espiritual, estrechamente vinculado a la vida contemplativa: el de la fraternidad: "Quien ama un corazón limpio y unos labios afables es amigo del rey" (Pr 22, 11).

La "pureza de corazón" no se debe entender en oposición a otros tipos o aspectos de la pureza, sino como la fórmula que expresa al hombre en sí mismo, en la totalidad de su ser, ya que el corazón del hombre no es nada más que el "centro determinante de sus opciones y de sus actos".

Por tanto, es necesario ver los distintos aspectos de este discurso sobre la pureza del hombre como elementos esenciales de una misma virtud. En especial, hay que negarse a infravalorar sus dimensiones materiales: no puede haber un corazón puro en un cuerpo mantenido voluntariamente en la impureza: "La sabiduría no entra en alma artera, ni habita en cuerpo esclavo del pecado; pues el santo espíritu educador rehúye el engaño" (Sb 1, 4-5).

Por último, se debe añadir que la pureza de corazón ha de entenderse también como "buena conciencia". En Génesis 20, 5 el par corazón y manos puras se expresa con "buena conciencia y manos puras".

Conciencia, pensamientos, labios, manos, etc., puras o impuras han de considerarse, pues, como expresiones complementarias o incluso como sinónimos de corazón puro.

No es difícil reconocer algunas grandes líneas en la Biblia: la relación de la pureza con el culto, con el mundo de Dios en especial, la relación de la pureza con la Ley, como exigencia moral general, la dimensión corporal de la pureza de corazón y sus aspectos más específicamente sexuales. Más específicos del Nuevo Testamento son los temas de la caridad, de la ortodoxia, y sobre todo de la virginidad como estado perfecto de la "puritas cordis".

Nosotros encontraremos otros aspectos. Es difícil dar un orden sistemático a todo eso. Daremos a nuestro discurso el aspecto de un paseo por la Palabra de Dios, tratando de tocar los pasajes más importantes para iluminar este tema y sobre los cuales se debería trabajar más para la construcción del hombre espiritual.

EL ANTIGUO TESTAMENTO

En el Antiguo Testamento la pureza aparece ante todo como la condición exigida para acercarse a las cosas sagradas, concepción común a las religiones antiguas. Aunque accesorariamente puede implicar la virtud moral opuesta a la lujuria, esta pureza no la dan los actos morales sino los ritos.

"Puro" e impuro" no son solo cualidades externas, sino fuerzas reales que santifican o contaminan. Yahvé y todo lo que le pertenece es puro. Lo que de uno y otro modo está en relación con los ídolos es impuro y mancha al hombre: su corazón y su vida material y espiritual.

Los capítulos 11-16 del Levítico presentan el código de la pureza ritual de la comunidad santa de Israel, que incluye la limpieza física y es una manera de protegerse de la idolatría. Este código reglamenta todo lo que concierne el culto y el modo de recuperar la pureza perdida, en especial concierne a los sacrificios expiatorios. La razón que fundamenta todas estas normas es la santidad de Dios: el pueblo que le pertenece ha de ser también santo, por lo que la condición fundamental es la observancia de la palabra del Señor [Sa119 (118), 9].

Posteriormente los profetas impulsan a Israel a profundizar, o mejor, completar la idea de la pureza cultural en la dirección de la pureza moral de las acciones: "No sigáis trayendo oblación vana: el humo del incienso me resulta detestable. Novilunio, sábado, convocatoria: no tolero falsedad y solemnidad. Vuestros novilunios y solemnidades aborrece mi alma: me han resultado un gravamen que me cuesta llevar. Y al extender vosotros vuestras palmas, me tapo los ojos por no veros. Aunque menudeéis la plegaria, yo no oigo. Vuestras manos están de sangre llenas: lavaos, limpiaos, quitad vuestras fechorías de delante de mi vista, desistid de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad lo justo, dad sus derechos al oprimido, haced justicia al huérfano, abogad por la viuda" (Is 1, 13-16).

El profeta Jeremías invita a Jerusalén a "purificar el corazón de la maldad", de "pensamientos inicuos" (Jr 4, 14) que atribuyen los males que caen sobre Israel a la infidelidad de Dios a sus promesas, más que a su propia infidelidad en la observancia de la alianza y a su mala conducta.

El profeta Ezequiel pone el dedo en la verdadera impureza de Israel: "Hijo de hombre, los de la casa de Israel que habitaban en su tierra, la contaminaron con su conducta y sus obras; como la impureza de una menstruante era su conducta ante mí. Entonces yo derramé mi furor sobre ellos, por la sangre que habían vertido en su tierra y por las basuras con las que la habían contaminado" (Ez 36, 17-18).

Hallamos aquí reunidos diversos aspectos de la impureza: impureza cultural en referencia a la de la mujer, luego impureza moral subrayada por las obras y la violencia, y por último en la imagen de la sangre, la idolatría, suciedad suprema e intolerable para Israel.

El piadoso israelita tiene conciencia de no poder realizar el ideal de pureza que Dios le propone: "¿Puede el mortal ser justo ante Dios o inocente el hombre ante su creador?" (Jb 4, 17). Con todo, Israel reconoce ahí una exigencia de la creación misma, porque "el Espíritu que nos ha dado con la vida es puro, y así habrá que devolverse".

El profeta es aquel que tiene conciencia de la impureza fundamental en la cual vive su pueblo: "¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito: que al rey Yahvé Sebaot han visto mis ojos!" (Is 6, 5). Isaías será purificado por un serafín con el carbón ardiendo del altar, y para todo el pueblo el profeta Ezequiel hace resonar la promesa: "Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados; de todas vuestras impurezas y de todas vuestras basuras os purificaré. Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcáis según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas" (Ez 36, 25-27).

La purificación de los pecados es, pues, obra de Dios que interviene personalmente en las profundidades del ser humano construyéndole un nuevo centro de vida, un corazón de carne, en el cual se instalará no la concupiscencia de la carne, sino el espíritu de Dios para dirigir sus acciones. Esta obra no es, pues, una esterilización del hombre, sino la obra de una humanización profunda. La pureza se manifiesta así no como negación de la carne, sino como renovación de sus fuentes, enderezando sus acciones hechas ya en Dios, según el corazón de Dios, que en el Espíritu ha tomado posesión del corazón del hombre. Este don de la pureza hará al hombre capaz de poner en práctica la Ley, gracias al espíritu nuevo que se le dará. En la oración es donde se expresa esta tensión a la pureza en Israel, ya que: "¿Quién subirá al monte del Señor, quien puede estar en el recinto sacro? El hombre de manos inocentes y puro corazón" (Sal 24 (23), 3-4). En este salmo podemos ver el paralelismo entre las manos y el corazón, entre el aspecto exterior y el interior de la pureza, necesaria

para la subida del monte del Señor, Sión en la figura, el Cristo en la realidad del cumplimiento y del itinerario espiritual del creyente.

El Salmo 73 (72) nos presenta la crisis del fiel ante la perspectiva de los malvados: "En vano he conservado puro mi corazón y he lavado en la inocencia mis manos" (v. 13). Pero la fe lleva las de ganar y el creyente puede renovar su acto de fe inicial: "¡Qué bueno es Dios con los justos, con los hombres de corazón puro!" (v. 1).

El Salmo 51 (50) es una petición de perdón y de nueva pureza: la humilde plegaria cotidiana del pecador que puede así llegar a la salvación: "Lávame de todas mis culpas, límpiame de mi pecado... Purifícame con hisopo y seré limpio; lávame y seré más blanco que la nieve... Oh Dios, crea en mí un corazón puro..." (v. 4.9.12). La purificación del pecador se realizará entonces no con ofrendas rituales, con ofrendas y sacrificios exteriores al hombre, sino con la ofrenda de un "corazón quebrantado y humillado" (v. 19), del que puedan salir todos los malos pensamientos y a través de cuyas heridas el Espíritu de Dios podrá penetrar como medicina para purificar y animar una nueva vida.

Por lo que concierne a la dimensión propiamente sexual de la pureza, está en estrecha relación con el pecado original. A partir de aquel momento, la desnudez se vuelve vergonzosa, la relación sexual, fundamentalmente buena, es prisionera de la concupiscencia y del egoísmo, el lugar de la dominación y de la sujeción del otro, en vez de servir para la comunión entre los hombres según el designio del Creador. Las expresiones de la vida sexual forman parte de las cosas que hacen al hombre impuro para el culto, independientemente de la voluntad y de la responsabilidad moral. En concreto, las relaciones sexuales hacen impuros para el culto, y esto vale en especial para los sacerdotes. Son numerosas las prescripciones de moral sexual del Antiguo Testamento. Con la preocupación de la Ley de educar al hombre en todos los aspectos de la vida, hemos de ver en esto una forma de lucha contra la idolatría de los pueblos limítrofes con Israel, que bajo el pretexto religioso se abandonaban a todo tipo de perversiones eróticas. Limitémonos a recordar las prescripciones más importantes: la condena de la fornicación, de la homosexualidad, del incesto, del adulterio, de la prostitución sagrada, etc. (cf. el capítulo 18 del Levítico). Pero el Antiguo Testamento no se limita a la práctica, sino que conoce ya la importancia de las intenciones, formulando así una prescripción contra el deseo: "No desearás la mujer de tu prójimo" (Dt 5, 21).

Normas más estrictas se reservan a los sacerdotes, que han de observar una pureza mayor en cuanto están encargados del servicio de Yahvé el Santísimo (cf. el capítulo 21 del Levítico). Por lo que concierne a la virginidad, el Antiguo Testamento no le reconoce valor más que en función de un matrimonio puro. Fuera de este caso, equivale simplemente a la esterilidad: humillación y oprobio.

Resumiendo esta primera parte de la cuestión, podemos decir que el corazón es para el Antiguo Testamento "la fuente" (Pr 4, 23) de la que parten los pensamientos, los sentimientos y las acciones del hombre. De aquí nace la voluntad. Si es verdad que recibe mucho del exterior, también es verdad que modifica libremente todo esto y que interviene creativamente en el mundo. Por lo que respecta al valor moral, se ha de reconocer que el corazón del hombre no es nunca absolutamente puro (Sal 101 (100), 4; Pr 11, 20; 17, 20); él tiende naturalmente hacia lo que es falso, está profundamente dividido (Sal 12 (11), 3) y lleno de orgullo (Pr 16, 5). Puede cubrirse de una capa de grasa (Sal 119 (118), 70) o endurecerse como la piedra (Ez 11, 19-21; Za 7, 12).

Pero el corazón del hombre es también la realidad que más o menos conserva la memoria y la nostalgia de su Autor. Desea ver su rostro: el hombre todo entero es impulsado por el corazón a la búsqueda del Dios del que está sediento (cf. Sal 27 (26), 8).

Con el corazón del hombre es con lo que Dios entra en una relación especial. Él lo escruta y lo examina (Sal 17 (16), 3; Jr 12, 3; 1Cro 29, 17), lo pesa (Pr 21, 2; 24, 12), lo conoce en verdad (1R 8, 39; Sal 33 (32), 15; Pr 15, 11). A su corazón quiere Él hablar y el humo "en la tabla del corazón" (Pr 7, 3) debe conservar sus palabras, que han de ser el objeto de todo el amor de que su corazón es capaz (Dt 6, 5-6). Así Dios trabaja el corazón del hombre, lo hace sólido y fuerte uniéndolo a él y haciéndolo uno como Él es Uno (1R 8, 61; 11, 4; Sal 86 (85), 11; Jr 32, 39).

Por la acción de Dios el corazón no es solamente el órgano necesario de la vida humana, sino también el principio de una nueva vida, de una nueva creación. La circuncisión del corazón (Lv 26, 41; Dt 10, 16; 30, 6; Jr 4, 4; 9, 25), la transformación del corazón de piedra en corazón de carne (Ez 11, 19; 36, 26; Sal 51 (50) 12) significan que la nueva creación comienza por el corazón, y éste, concluyendo, en sentido inverso a la primera creación, donde fue creado primeramente el cuerpo en el cual fue infundido un espíritu de vida. La nueva creación, la purificación del mundo, empieza con el don de un corazón nuevo, de un espíritu nuevo, que llevará el cuerpo a la resurrección y al hombre entero a ver con los ojos de la carne a aquel que invisiblemente ya habita este corazón nuevo.

LOS ESCRITOS INTERTESTAMENTARIOS

En los escritos intertestamentarios, donde hallamos el tema de la pureza de corazón es en el *Testamento de los doce Patriarcas*. Se habla de él por primera vez en la oración que Levi pronuncia después de la purificación en el agua viva. Él pide al Señor el espíritu y la paz como protección contra la iniquidad, y luego añade: "Purifica mi corazón, oh Maestro, de toda impureza, y yo me elevaré hacia Ti" (Test. de Levi II, 3n). Notemos en este texto al mismo tiempo la referencia al Salmo 50 y la relación de la pureza con la contemplación, que se considera condición para subir al Señor y conocer su revelación.

En el testamento de Neftalí, creo importante subrayar este pasaje para la relación que establece entre pureza de corazón, silencio y conocimiento de la voluntad de Dios: "No os apresuréis, pues, a corromper vuestras acciones con la aidez o con vanas palabras que seducen vuestras almas; porque manteniendo el silencio en la pureza de corazón, comprenderéis cómo reconocer la voluntad de Dios y rechazar la voluntad de Bélíar" (Test. de Neftalí III, 1).

A continuación, para testimoniar la profunda unidad entre cuerpo y espíritu, corazón y labios, de la que ya hemos hablado, citamos el pasaje del Testamento de José, donde el patriarca responde a la mujer de Putifar que para tenerlo le promete su conversión y la del marido: "No es en la impureza donde el Señor quiere que vivan los que lo respetan. Él no se complace en aquellos que comenten adulterio, sino en aquellos que se acercan a él con un corazón puro y con labios sin mancha" (Test. de José IV, 6).

Por último, el Testamento de Benjamín nos sugiere el poder de la pureza del corazón y del espíritu, que da claridad no sólo a la mirada, sino de algún modo purifica la realidad misma, esto a condición de que el Espíritu de Dios habite en nuestro corazón, ya que es Él el único poder capaz de transformar nuestra mirada y la realidad misma: "Quien tiene el pensamiento puro y amante no mira a la mujer con espíritu de lujuria. De hecho, no hay mancha en su corazón, porque reposa en él el Espíritu de Dios. En efecto, igual que el sol no se mancha con los desperdicios ni con el barro, sino que los seca quitándoles el olor, así el espíritu puro rodeado por la suciedad de la tierra, construye más bien, pero no se mancha" (Test. de Benjamín VIII, 2-3).

Un texto de otro tipo lo encontramos en el "Libro de las antigüedades bíblicas". Israel, bajo la presión de sus enemigos, pregunta al Señor si tiene que hacer la guerra o no. El Señor le da esta respuesta: "Si partís con un corazón puro, combatid, pero si vuestro corazón es impuro, no partáis" (Ant. Bibl. XXV, 1). A continuación nos explica en qué consiste la impureza por la que es mejor no partir para la guerra: la idolatría, la adivinación, la puesta a prueba del Señor, el adulterio, la falta de fe en la Sagrada Escritura. Se trata, en su género particular, de poner en evidencia, como en el Testamento de Benjamín, el poder de la pureza de corazón, que nos da la fuerza para ser invencibles frente a los adversarios. Reconocemos aquí un rasgo constante de la espiritualidad y de la lectura de la historia de Israel por parte de los Profetas: el pecado es causa de las derrotas militares y de los castigos que han caído o caen sobre Israel.

EL NUEVO TESTAMENTO

En el Nuevo Testamento, la enseñanza de Cristo, al contrario de la de los fariseos, que acentúan las condiciones de la pureza exterior y legal, es la afirmación de que la verdadera pureza es la del corazón, la pureza interior: una pureza solamente exterior no tendría de pura más que el nombre.

"Nada hay fuera del hombre que, entrando en él, pueda contaminarlo; sino lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre... ¿Conque también vosotros estáis sin inteligencia? ¿No comprendéis que todo lo que de fuera entra en el hombre no puede contaminarle, pues no entra en su corazón, sino en el vientre y va a parar al excusado?... Lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas: fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, avaricias, maldades, fraude, libertinaje, envidia, injuria, insolencia, insensatez. Todas estas perversidades salen de dentro y contaminan al hombre" (Mc 7, 15.18-19.20-23).

Cristo, en su enseñanza, se manifiesta libre frente a muchas normas sobre la pureza exterior. Él va con los pecadores y las mujeres de mala vida, se deja tocar por una mujer con flujos de sangre (Mc 5, 28). Su comportamiento para con los leprosos es instructivo: para purificar al impuro, Jesús no se limita a enviarlo al sacerdote, sino que toca lo intocable (Mc 1, 41).

La pureza de corazón designa, pues, en oposición al legalismo de los fariseos, ante todo el interior del hombre, su realidad oculta a la mirada de los demás: los pensamientos, los sentimientos, los afectos, los deseos del corazón del hombre. En esto Cristo lleva la Ley a su cumplimiento: "Habéis oído que se dijo: No cometerás adulterio. Pues yo os digo: Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón" (Mt 5, 27-28). Pero la Ley no se debe oponer como exclusiva de las dimensiones materiales y corporales. A la mujer adúltera Jesús le dice: "Ve, y en adelante no peques más" (Jn 8, 11).

Reconocemos aquí una exigencia absoluta de la pureza de las obras y de las intenciones que es una verdadera llamada a la perfección: "Sed, pues, perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto" (Mt 5, 48). Esta pureza el hombre no se la puede dar él solo, sino que es fruto de la acción de Dios, cuando lo dejamos actuar en nosotros. Es ante todo gracias a esta "pura leche espiritual" (1P 2, 2) como el hombre es purificado: "Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he anunciado" (Jn 15, 3).

Pero es sobre todo la muerte de Cristo, que borra los pecados del mundo, la fuente de esta nueva pureza, que crea en los que se unen a él este estado. Gracias a su sacrificio, los cristianos son ese pueblo purificado y santificado capaz de realizar las obras agradables a Dios (Tt 2, 14; 1Jn 1, 7.9).

A la gracia del Espíritu Santo que purifica el corazón (He 15, 9), hemos de responder con la obediencia de la fe que se convierte en práctica de vida fraterna: "Habéis purificado vuestras almas, obedeciendo a la verdad, para amaros los unos a los otros sinceramente como hermanos. Amaos intensamente unos a otros con corazón puro, pues habéis sido reengendrados de un germen no corruptible, sino incorruptible, por medio de la palabra de Dios viva y permanente" (1P 1, 22-23).

Eso exige que estemos dispuestos a comprometernos activamente en el camino de la conversión y de la renuncia al hombre viejo que permanece en nosotros después del bautismo, baño que "no consiste en quitar la suciedad del cuerpo, sino en pedir a Dios una buena conciencia" (1P 3, 21).

El bautismo nos compromete a vivir en la pureza con fidelidad: "Como hijos obedientes, no os amoldéis a las apetencias de antes, del tiempo de vuestra ignorancia, más bien, así como el que os ha llamado es santo, así también vosotros sed santos en toda vuestra conducta, y como está escrito: Seréis santos, porque santo soy yo" (1P 1, 14-16). Para esto es necesario mantenerse puros de este mundo y practicar la caridad (St 1, 27).

Esto en la disponibilidad a eliminar todo lo que se opone a nuestra unión con el Verbo, todo lo que sirve de obstáculo a esta Palabra que nos purifica: "Si tu mano o tu pie te es ocasión de pecado, córtatelo y arrójalo de ti..." (Mt 18, 8); a separarnos de los amigos cuando esto es necesario para seguir a Cristo: "El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí" (Mt 10, 37), y hasta negarse a sí mismo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mt 16, 24). Y por último la disponibilidad a pasar por el gran sufrimiento del odio del mundo: "Esos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios, dándole culto día y noche en su Santuario; y el que está sentado en el trono extenderá su tienda sobre ellos" (Ap 7, 14-15): ¡los mártires son los puros por excelencia!

LOS ESCRITOS PAULINOS

San Pablo nos presenta la pureza como un mandamiento de Dios para todo cristiano: "Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación; que os alejéis de la fornicación, que cada uno de vosotros sepa poseer su cuerpo con santidad y honor, y no dominado por la pasión, como hacen los gentiles que no conocen a Dios... No nos llamó Dios a la impureza, sino a la santidad" (1Ts 4, 3-5.7).

En la carta a los Gálatas, denuncia el principio de la decadencia opuesto al de la vida, oponiendo la carne al espíritu. Los que siguen la carne producen "fornicación, impureza, libertinaje...", y no heredarán el Reino de Dios: Mientras que "los que son de Cristo Jesús han crucificado su carne con sus pasiones y sus deseos" (cf Ga 5, 16-24).

En la carta a los Romanos retoma la misma enseñanza: "No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal de modo que obedezcáis a sus apetencias. Ni hagáis ya de vuestros miembros instrumentos de injusticia al servicio del pecado; sino más bien ofrecéis vosotros mismos a Dios como muertos retornados a la vida; y vuestros miembros, como instrumentos de justicia al servicio de Dios" (Rm 6, 12-13).

Pero es sobre todo en relación a la nueva dignidad del cristiano donde el mandato de la pureza revela todo su valor y su riqueza. Todo el ser del hombre ha sido santificado y ha de conservar esta condición divina. El texto de la primera carta a los Corintios sobre la fornicación es fundamental.

"Todo me es lícito"; mas no todo me conviene. "Todo me es lícito"; mas ¡no me dejaré dominar por nada! "La comida para el vientre y el vientre para la comida". Mas lo uno y lo otro destruirá Dios. Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. Y Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros mediante su poder.

¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? y ¿había de tomar yo los miembros de Cristo para hacerlos miembros de prostituta? ¡De ningún modo! ¿O no sabéis que quien se une a la prostituta se hace un solo cuerpo con ella? Pues está dicho: Los dos se harán una sola carne. Mas el que se une al Señor, se hace un solo espíritu con él.

¡Huid de la fornicación! Todo pecado que comete el hombre queda fuera de su cuerpo; mas el que fornicación, peca contra su propio cuerpo.

¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? ¡Habéis sido bien comprados! Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo (1Co 6, 12-20).

Subrayemos en este discurso de San Pablo cuatro pasajes importantes, que nos ayudan a comprender la mirada nueva que el cristiano ha de llevar sobre su cuerpo, una mirada contemplativa, dado que se trata nada menos que de reconocer en él a Dios mismo:

A. El cuerpo pertenece a Dios, que lo ha creado no para la fornicación, sino para el Señor (13): he ahí el estatuto y el sentido de nuestra realidad física. El cuerpo no tiene un estatuto

autónomo, no es algo con lo cual Dios no tiene nada que ver, sino que le pertenece por derecho, como le pertenece la realidad espiritual del hombre.

B. Nuestro cuerpo tiene un destino que supera el del mundo mortal. No es materia insignificante, sino que está destinado a la resurrección y a la gloria del cielo, así que no debe ser humillado con impureza (14).

C. El cuerpo del cristiano no es solamente su cuerpo personal, es un miembro de Cristo, y en cuanto tal ha sido santificado por el bautismo; sumergirlo de nuevo en el pecado, y especialmente en la impureza, es un sacrilegio y un adulterio (16).

D. Por último, por el bautismo, el cuerpo del cristiano se ha convertido en Templo del Espíritu Santo: ya no nos pertenece. Estamos encargados de servir al nuevo destino que Dios le ha dado: su Templo santo. Eso significa que la función primaria de nuestro cuerpo es el culto y la alabanza del Señor (19-20).

LA PUREZA DE CORAZÓN COMO ESTADO DE VIDA

Lo que hemos dicho afecta en el fondo a todo cristiano. Pero Jesús, permaneciendo virgen, nos ha revelado el sentido y el secreto de una pureza íntegra: un culto en espíritu y verdad y la visión de Dios.

San Juan nos lo explica en su primera carta: "Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica, porque él es puro" (1Jn 3, 2-3). Sí, el sentido de la pureza es la visión de Dios, como Cristo mismo lo ha proclamado solemnemente en el discurso de la montaña: "Bienaventurados los puros de corazón porque verán a Dios" (Mt 5, 8). Nosotros podemos comprender la bienaventuranza como el cumplimiento de la vida de aquel que "invoca el nombre del Señor con conciencia pura" (cf 2Tm 1, 3).

¡Podemos imaginar qué pureza mora en el corazón de Cristo, Verbo del Padre, que no cesa de contemplar el rostro del Padre! Para introducimos en esta visión nos pide entrar en una nueva pureza de vida, la suya, para participar con él en la ofrenda agradable al Padre, ofrenda "sin mancha" que purifica "nuestra conciencia de las obras muertas para servir al Dios vivo" (Hb 9, 14). "Así es el sumo sacerdote que nos convenia: santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, encumbrado sobre los cielos" (Hb 7, 26).

Por eso él no se ha desposado con una criatura especial, él es el Esposo Virgen de una esposa, la humanidad entera, que ha venido a purificar y fecundar con su sangre, en el poder del Espíritu Santo: "Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada" (Ef 5, 25-27).

La imitación del estado de vida de Cristo no es un mandamiento, sino una llamada personal, un don que Dios quiere hacer a aquel que elige. La adopción de este estado de vida se funda en la conciencia de esta llamada de Dios y en la tensión hacia el Reino, no hay otras justificaciones: "No todos entienden este lenguaje, sino aquellos a quienes se les ha concedido. Porque hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos que fueron hechos tales por los hombres, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el Reino de los Cielos" (Mt 19, 11-12).

Esta condición de eunucos por el Reino de los cielos, San Pablo la hizo propia e invita a ella a los Corintios: "Mi deseo sería que todos fueran como yo; mas cada cual tiene de Dios su gracia particular: unos de una manera, otros de otra. No obstante, digo a los solteros y a las viudas: Bien les está quedarse como yo" (1Co 7, 7-8).

Ante todo porque este mundo va a pasar, es provisional, como el estado del matrimonio, mientras el estado de los que no se casan para el servicio del Señor es definitivo, porque anticipa y anuncia el Reino: "Los hijos de este mundo toman mujer o marido; pero los que alcancen a ser dignos de tener parte en aquel mundo y en la resurrección de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, ni pueden ya morir, porque son como ángeles, y son hijos de Dios por ser hijos de la resurrección" (Lc 20, 34-36).

El sentido profundo de esta opción se halla en la tensión hacia el Reino y de algún modo en su anticipación, lo cual no es más que expresión del amor de Dios: "El no casado se preocupa de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor. El casado se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer; está por tanto dividido. La mujer no casada, lo mismo que la doncella, se preocupa de las cosas del Señor, de ser santa en el cuerpo y en el espíritu. Mas la casada se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido. Os digo para vuestro bien, no para tenderos un lazo, sino para moveros a lo más digno y al trato asiduo con el Señor, sin distracciones" (1Co 7, 32-35).

Este estado de vida da a la existencia del hombre una unidad extraordinaria: su corazón no está dividido entre realidades divergentes como el mundo y Dios, sino que está profundamente unificado y pacificado en Dios: "Purificad vuestras manos, pecadores, y santificad vuestros corazones, hombres irresolutos" (St 4, 8). La purificación del corazón no es posible sin la purificación de las manos, sin eliminar las acciones injustas que dividen el corazón del hombre. Un corazón puro y un hombre sencillo, no dividido entre Dios y el mundo, sino todo entero de Dios. De este modo, el fiel se hace más capaz de promover "la caridad, que brota de un corazón puro, de una buena conciencia y de una fe sincera" (1Tm 1, 5). "Junto a los que invocan al Señor con corazón puro" (2Tm 2, 22), él está seriamente comprometido en los caminos de la justicia, de la fe, de la caridad y de la paz. Y en esta unidad es todavía capaz de guardarse de aquella nueva y a la vez antigua forma de impureza que aparece ya al comienzo de la Iglesia, la herejía, que divide a la comunidad y mancha al hombre que se adhiere a ella: "Todo es puro para los puros; pero para los contaminados y los infieles nada es puro; están contaminadas su mente y su conciencia" (Tt 1, 15).

La unidad de la vida está en función del servicio del Señor: no hay que ocuparse así de los numerosos problemas de la vida conyugal; su única preocupación es el servicio del Señor, no busca más que al Señor. Por esto puede esperar la venida del esposo de su alma, "ceñidos los lomos y con la lámpara encendida" (Lc 12, 35), y aunque se duerma, dado que el Esposo tarda en venir, a su regreso estará preparado: es prudente y con la lámpara ha tomado una buena reserva de aceite (cf. Mt 25, 1-13).

CONCLUSIÓN

"Estar apegado al Señor sin división" es una fórmula que puede expresar el sentido de la pureza del corazón: respuesta al amor de Dios por nosotros, es el acto de amor que acoge el de Dios y que pone en obra todo su poder y todas sus energías para reunir todo su ser (todos sus sentimientos y afectos, deseos y pasiones, inteligencia, pensamiento y conocimiento, su voluntad y sus decisiones, ya que de todo eso es centro y símbolo el corazón) en una unión íntima y absoluta con Dios.

Pero este acto de amor creado por Dios mismo en nosotros, en cuanto está dirigido a Dios, es al mismo tiempo un verdadero acto de culto, una verdadera adoración permanente de todo nuestro ser que nosotros le ofrecemos. A esto invita San Pablo: "Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que os ofrecáis a vosotros mismos como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual" (Rm 12, 1).

Fr. Gianfranco M. Tuveri, O. Carm.

REUNION CON EL PADRE GENERAL MRP FERNANDO MILLAN ROMERAL

El sábado 26 de marzo de 2011 a las 9:00 a.m. el Carmelo Seglar se reunió en la Iglesia Santa Teresita en Santurce para participar en la concelebración de la Sagrada Eucaristía presidida por nuestro Padre General MRP Fernando Millán Romeral O. Carm.. Lo asistieron el RP Luis Miranda O. Carm., nuestro Delegado Nacional y el RP Manuel García, quien es novicio carmelita de la comunidad de Santa Teresita.

En la homilía de la Santa Misa, el MRP Fernando Millán Romeral O. Carm. nos habla de la misericordia y el perdón en referencia al evangelio que fue la parábola del hijo pródigo. Nos dijo que lo esencial para los católicos es amar a Dios y al prójimo. Nos enfatizó que debemos valorar la espiritualidad del Santo Escapulario y dar gracias por el privilegio sabatino que la Santísima Virgen nos regala a través del Santo Escapulario

Al final nos pidió oración por el Carmelo Seglar en China que es clandestino y pasan por mucho peligro, y también por la canonización del P. Tito Brandsma O. Carm., quien murió martir en Dachau, el campo de concentración, durante la segunda guerra mundial.

Le damos las gracias a nuestra Coordinadora Nacional la Hna. Isabel Cintrón, quien al final de la Eucaristía le dio la bienvenida al Padre General y en nombre nuestro le hizo obsequio de un regalo, el cual fue entregado por la moderadora de la Comunidad de Santa Teresita, la Hna. Yvette Hernández.

Le agradecemos a la Comunidad de Santa Teresita el haber sido nuestros anfitriones durante la actividad. Especialmente ellos se encargaron del compartir que hubo luego en el salón de recibo de la Escuela Elemental de Santa Teresita. Varias comunidades llevaron bandejas para la merienda en el compartir y le damos las más expresivas gracias por su contribución. Pero sobre todo le damos gracias a Dios porque nos dio la oportunidad de tener entre nosotros a nuestro Padre General y haberlo conocido personalmente y gozar de su agradable compañía. Le deseamos que el Espíritu Santo lo siga guiando en todo.





***Venerable Orden Tercera de los Hermanos
de la Bienaventurada Virgen María
del Monte Carmelo
— Consejo Nacional —***

Santa Teresita
Calle Loíza 2059
Santurce, Puerto Rico 0911


